

Otra Semana Santa

Las ideas y las costumbres

ESTA Semana Santa, pese a las irregularidades del clima, ha traído mucho forestero a la zona donde vivo: al parecer, nadie que podía quiso privarse de sus breves vacaciones cerca del mar. Ni tampoco los indígenas. Han sido, aquí, unos días de gran ajeteo en las carreteras y de amable negocio en el ramo de la hostelería y similares. Y la verdad es que la cosa viene de algunos años a esta parte, no sabría ahora precisar cuántos, pero tiene bastante que ver con el casi simultáneo aumento de la renta «per cápita» del vecindario y las alegrías renovadoras del Vaticano II. Para un observador ligeramente anciano y escéptico como yo, el fenómeno no deja de presentar ciertos elementos malévolos. En un tránsito apenas perceptible, de una suavidad sin precedentes, la tradición celtibérica —y, claro está, católica— de la Semana Santa se ha desmoronado de mala manera. Me temo que sólo subsiste allá donde los ritos eclesiásticos, convertidos en folklore, todavía constituyen una «atracción» para el turista eventual. Incluso en estos sitios, si las tales jornadas fueron alguna vez de recogimiento y de piedad afligida, ya no lo son. Son unas «fiestas» como otras cualesquiera.

He de confesar que el Viernes central del calendario cristiano, fecha abrumada por ayunos y abstinencias, me vi sentado, a la hora del almuerzo, en una mesa de restaurán y ante un menú escandaloso. La idea era reunirnos unos amigos, la mayoría jóvenes, para charlar de lingüística y de literatura local, aprovechando el asunto universitario: los comenales pertenecíamos a comarcas cercanas. El plato fuerte era una combinación de pascua y conejo con una salsa gloriosamente picante, unas pocas patatas y unos huevos incrustados. De mi infancia ortodoxa recuerdo que el «promiscuar» durante la Cuaresma, en miércoles y viernes, y aunque la familia hubiese pagado a los curas unos papeles llamados «bulas», estuvo siempre mal visto: pero el Viernes Santo era de una absoluta prohibición. «In illo tempore», este tipo de comida, conscientemente practicada como «transgresión» que dirían hoy, y como «pecado» que llamaban entonces, sólo se atrevían a engullirla los republicanos clásicos, anticlericales a machamartillo, de la escuela de Blasco Ibáñez. Se trataba de una provocación frente a la ciudadanía devota. Un acto de «heroísmo», en definitiva. Y hoy, no.

Porque ni los chicos que me acompañaban ni yo teníamos esa intención. Ni supongo que la tenían los consumidores que ocupaban las restantes plazas del comedor: de todos los comedores de la costa, me imagino. ¿Que Cristo murió en la cruz para redimirnos y todo eso? Pues muy bien. «Es su problema», como rezaba aquella pintada anarco. La mezcla de alimentos fue devorada sin ningún prejuicio, ni en pro ni en contra: con indiferencia. Recordé el asunto mientras tomábamos café, y mi sorpresa creció. No sólo había indiferencia; también ignorancia. Todos los asistentes habían sido educados en hogares rutinarios y habían asistido a clases de una asignatura llamada «religión». El Viernes Santo y sus prescripciones gastronómicas les importaba un comino. A ellos y a los demás. «¿España ha dejado de ser católica?» Don Manuel Azaña se precipitó en la afirmación. Y los hechos lo demostraron: la España católica, con sus prelados al frente, armó una guerra civil de todos los diablos el 36. No sólo la España católica, pero ella proporcionó a los otros intereses en juego bendiciones, dinero, voluntarios. Sólo que hoy...

Hoy todo es distinto. ¿O no? De regreso a casa pude comprobar que las discotecas y los pubs estaban llenos, y las iglesias semivacías. No aseguro que los respectivos aforos sean significativos. ¿Cómo valorarlos con un mínimo de rigor estadístico? Lo evidente era, son, las «abstinencias», sin duda. Como cuando se va a votar. No estamos en época en que los «banquetes de promiscuación» sean provocativos, lo cual no deja de ser un detalle. Pero la dispersión de la burguesía y de la clase media acomodada hacia la sierra o el litoral, olvidándose de los oficios litúrgicos de la gallofa o añalejo de las diócesis, sí que es un «dato» sociológico digno de ser tomado en cuenta. El resto, el proletariado, se daba por descristianizado, desde mucho antes. O no: gente de esa extracción, en definitiva, aún arrastra los rezagos más supersticiosos de sus orígenes afligidos. En realidad, ni a esta ni a la otra parte de los Pirineos afectó mucho la propaganda «liberal» o «atea», desde Voltaire hasta ahora. Francia, la Francia de Voltaire y de Rousseau —«c'est la faute à...», la de los «libertins» escolarmente estudiados, tampoco ha dejado de ser católica. Más de una vez, charlando con Pierre Vilar, le advertía el sintoma: que «Le Monde» siga de-

dicando cada día una página a los pormenores del culto, de la moral y del dogma.

Si a ello sumamos «la mano tendida» que los marxistas —cada vez menos, y cada vez menos marxistas— alargan a los cristianos, y los «cristianos para el socialismo», y los los extracristianos que disfrutan los grupúsculos presuntamente subversivos, con su afición al «orientalismo», ya me dirán ustedes, adónde iremos a parar. No es para ser optimista. Mirado el espectáculo desde el ángulo de las ideas, o desde la «ideología», hemos avanzado muy poco hacia la «desclerificación»: Examinando los cambios de costumbres, el saldo sería muy distinto: lo es. Y sin que nadie quiera provocar a nadie. Si yo fuese obispo —y es un error de mi parte no haberlo deseado jamás—, me pondría las manos en la cabeza: dicho de otro modo, estaría alarmadísimo. Porque la «ideología» es importante, decisiva a ratos, y el cardenal de Borriana lo sabe. Y lo saben los demás mitrados. Pero las «costumbres» van por otro camino.

Voltaire, «El Motín», «La Traca», don Manuel Azaña, y el resto, apenas alteraron la vocación pía del electorado español, y mucho menos sus variantes nacionalitarias. Pero el cohecho utilitario, los establecimientos para el balloteo, el porro, las bebidas largas o cortas, los «puentes», los chalets y los apartamentos, el precio de los carburantes, las revistas gráficas o las pantallas con «S» acogidas a la inexorable «libertad de expresión», aunque expresen poca cosa, y más factores, como el tocadiscos, la televisión, los consejos médicos para adelgazar, están en contra de las misas, las procesiones y las Semanas Santas. No es una cuestión de «ideas», que sería lo bueno; es una cuestión de «costumbres», que conlleva una cantidad de «intereses» económicos impresionantes. España no ha dejado de ser católica, y de ahí que Carrillo, González y el resto hagan el ganso como es sabido. Pero ¿España es todavía tan católica como dicen? La cantidad de carne que han devorado nativos y extraños un Viernes Santo en su propio país, ¿cómo lo juzgará monseñor Tarancón? Perdurará el clericalismo, pero minado. Y sea lo que Dios quiera.

Joan FUSTER

Ayer, hoy y mañana

La importancia (para un mes) de llamarse abril

HA habido, dos importantes meses de abril en la historia de España contemporánea: el 14 de abril de 1931 y el 3 de abril de 1979, a 48 años de distancia.

El 12 de abril de 1931 se celebraron unas elecciones municipales convertidas, por iniciativa popular, en un plebiscito en el que se tenía que decidir la supervivencia de la Monarquía: el veredicto fue negativo y dos días después, se proclamaba la República española en una forma también «municipal», pues eran los Ayuntamientos los que ponían la bandera republicana en el balcón de la alcaldía, manifestando, con ello, una voluntad mayoritaria de cambio político. Una fotografía de gran significado histórico nos muestra al líder catalán, Lluís Companys, izando la bandera republicana en el balcón del Ayuntamiento de Barcelona, bajo un reloj que nos da cuenta precisa de aquel acontecimiento: la 1.35 de la tarde del 14 de abril. Horas más tarde y después de centenares de proclamaciones municipales del mismo tipo, el rey Alfonso XIII, con un gesto que le honra, decidió retirarse de España: había nacido la República, forjada por los municipios.

No quiero comparar lo sucedido el 3 de abril de 1979 con lo que pasó el 14 de abril de 1931, pero es indudable que esta última jornada electoral complementa el significado de la del primero de marzo pasado, en el curso de la cual fueron elegidos los diputados y senadores por un período constitucional de cuatro años. No se discutía un cambio de régimen esta vez. La nueva monarquía española encarnada en Juan Carlos, no es rechazada por nadie en España con una representación electoral significativa. El cambio ha sido de contenido: ¿cómo debe ser la España surgida de las elecciones constitucionales del 15 de junio de 1977?

Las cifras nos dan una explicación bastante aproximada de lo que quiere en realidad el pueblo español. Los municipios más vitales del país, aproximadamente los mismos que en abril de 1931 se manifestaron republicanos, han dado la mayoría, o un número muy sustancial de votos, a los partidos socialista, comunista y regionalista. Es decir, nos encontramos ante una opinión política altamente interesada en las reformas socio-económicas y en las de la estructura orgánica del Estado español. ¿Quiere ello decir, acaso, que los españoles son socialistas y comunistas y que la unidad del país está amenazada por el triunfo casi general de los partidos autonomistas?

Empecemos por decir que los socialistas y los comunistas no han hecho ninguna referencia a sus propias ideologías durante la campaña electoral. No han dicho que iban a implantar el socialismo o el comunismo, sino que han asegurado al electorado que ni tan solo lo intentarán. No habrá nacionalizaciones o socializaciones de ningún tipo, han dicho los líderes socialistas: el régimen intermedio actual puede durar mil años, añadió el líder comunista. Ningún autonomista ha hablado de separatismo; aun la izquierda nacionalista vasca ha afirmado que la independencia de su país es un objetivo a largo plazo... Otra vez, en la campaña electoral,

ha habido una política de consenso en virtud de la cual todos decían aproximadamente lo mismo. Si en las elecciones generales del 1 de marzo la campaña del consenso favoreció más bien a los partidos demócratas moderados, el mismo consenso ha favorecido a las izquierdas en las elecciones municipales del 3 de abril. ¿Por qué? Por la secreta necesidad de equilibrio que determinan las opciones presentadas a las grandes masas de una población. Si el Gobierno se inclina ligeramente hacia la derecha es aconsejable, quizá, que el Ayuntamiento se incline ligeramente hacia la izquierda.

Al fin y al cabo, el ser humano tiene dos piernas, la derecha y la izquierda, y ambas le son necesarias para conservar el equilibrio y andar hacia adelante.

Pero cuando ya se ha dicho todo sobre derecha e izquierda, nos encontramos en el mismo punto de partida: las derechas son los «ricos» y las izquierdas, las «pobres»; unos ricos cada día menos ricos y unos pobres cada día menos pobres. En los pueblos y ciudades pequeñas, ricos y pobres se mueven todavía en diferentes espacios físicos. En mis tiempos de juventud había unas determinadas horas para pasearse por la Rambla de Figueras correspondientes a ricos y pobres. Cuando había horas de coincidencia, escogían una distinta zona, para no «mezclarse». Nadie impuso aquella decisión; fue espontánea y quizá, aún, simplemente hija de las horas de trabajo. Pero la diferencia social existía y perdura. En una elección general pueden votar a un mismo candidato el «paseante» de las siete de la tarde o el de las nueve; pero en una elección local ya es más difícil que suceda, pues saben que pertenecen a dos «clases» o «categorías» distintas y, por lo tanto, hostiles.

Las cosas han cambiado ciertamente y ahora en las ramblas de los pueblos «ricos» y «pobres» se pasean relativamente a la misma hora y en el mismo espacio. El jefe del partido socialista catalán, de cuya honradez personal no dudo, es millonario; el señor Tamames, uno de los más autorizados teóricos del marxismo, es multimillonario y la «Esquerra» catalana que «presume» de pobre, nos ha «salido» últimamente con un nuevo militante, el segundo después de Barrera, muy activo y simpático por cierto, que gana un millón de pesetas por mes. Si se produjeron en España un descabro financiero como el que ocurrió en Alemania al principio de la década de los 20, asistiríamos al suicidio de muchos millonarios comunistas y so-

cialistas. El hecho del «millonario-comunista» era, hasta ahora un fenómeno típicamente anglosajón; una prueba más del sentido del humor de aquella comunidad. Pero los españoles carecen de sentido del humor y los comunistas y socialistas millonarios no son «boudade» a la francesa, sino un hecho social más complicado: es el resultado de un complejo de culpabilidad o de dominio; ambas reacciones pueden llevar, cuando los «casos» son tan numerosos, a una situación política difícil. De momento, el resultado del pasado día 3, actuará como una ducha fría en toda la Europa occidental.

Ni los socialistas y, menos, los comunistas tienen intención alguna de hacer socialismo o comunismo en los ayuntamientos; las deudas municipales acumuladas en la mayoría de ayuntamientos españoles durante la época corrupta y «triumfante» del franquismo, constituye un pesado lastre para cualquier plan ambicioso de acción. En el mejor de los casos, los nuevos municipios sólo podrán poner en orden sus maltrechas finanzas, crear nuevos impuestos para satisfacer, en parte, sus promesas electorales, y poco más. Existe el peligro de una «involución», como ha ocurrido en Francia y, sobre todo, en Italia: el Ayuntamiento se convierte en un instrumento de acción a favor del propio partido, una palanca o un trampolín para acercarse a la toma del poder a nivel de Estado. Hay suficiente documentación para afirmar que la labor municipal de aquellos ayuntamientos «obreros» no ha sido superior a la llevada a cabo por las formaciones democráticas y liberales más dependientes de la opinión pública que de la disciplina del partido.

En el «cinturón rojo» de París, hay una serie de ciudades proletarias de 25.000 a más de 100.000 habitantes, tales como Saint Denis, Montrouge, Malakoff, Montfermeil, Colombes, Neuilly, Asnières, Boulogne-Billancourt, Issy-les-Moulineaux, Levallois-Perret y muchas más, administradas por ayuntamientos comunistas desde hace más de 40 años, convertidas en reductos inexpugnables del partido comunista. En muchos aspectos son como unos «enclaves» extranjeros incrustados en el país. En Italia el fenómeno es todavía más profundo y extenso.

No hay, por el momento, que rasgarse las vestiduras, pero los verdaderos demócratas deben saber que ha surgido en España un poderoso movimiento marxista con unos métodos de acción y de penetración inéditos en este país y que, en otros más sólidos y advertidos que España, han logrado desestabilizar profundamente su sociedad. No se trata aquí de denunciar a Narcis Serra o a Tamames. Estoy seguro que ambos, especialmente Narcis, son dos excelentes ciudadanos, cargados de buenas intenciones. En la irracionalidad de toda política dogmática hay sin embargo una lógica y ésta acaba imponiéndose siempre. Pero la revolución devora a sus hombres y sólo termina cuando surge un hombre capaz de devorar a la revolución.

Jaume MIRAVITLLES

La calle y su mundo

Tren del mar

A veces sopla por la vía un viento manchego. (Los nativos).

Leo que el Consell del País Valencià, entre otras mejoras ferroviarias, ha propuesto a quien corresponda la electrificación de la línea de La Encina a Alicante. El alto organismo ha calificado de regular el estado del tendido, lo que sin duda causará gran sorpresa a todos los treneros. El talgo, por ejemplo, no rebase en ningún tramo los ochenta kilómetros, celeridad modesta, si bien se mira. El viaje entre ambas estaciones se hace largo, pasado, evitenlo. Los convoyes brincan a modo de cabras locas por los términos de Campello: hacen de tortuga por Sax; tornan a brincar por Agost, tras largueteo por Monovar y Monforte... Las entradas en agujas son peligrosas. ¿Para qué el pomposo «Mare nostrum», articulado y aséptico, si ha de circular a paso de oca en vez de desarrollar sus vertiginosas andaduras? Los trenes cobran de La Encina a Alicante un moroso aire azoriniano.

Sospecho que lo primero es renovar totalmente la vía y luego comenzar a estudiar las ventajas de la electrificación. Puede que la mejora no urja demasiado, por lo menos mientras no se complemente ese cambio de tracción en la línea de Alicante a Murcia y Cartagena. La pendiente desde el punto singular de La Encina hasta la mar, no obliga a la electrificación, aunque uno abrigue la idea de que España es un país de trenes eléctricos y no carboneros y menos aún con locomotoras quemando com-

bustibles líquidos. Tengo para mí que el ferrocarril, promovido por don José de Salamanca, está perfectamente bien proyectado, aunque presente los inconvenientes de eludir casi todos los pueblos del recorrido. Acaso si cruzase por las afueras de estas poblaciones, crecería en kilómetros y aumentaría el número de sus curvas. Azorín se irritaba con el escape de su pueblo de la vía férrea, y lo propio acontece con las monjas de San José de Cluny, que tienen en Movelda, colegio, en una suntuosa casa de estilo modernista.

El ferrocarril del mar, que así le llamaron los madrileños isabelinos —a la reina le cupo el honor de inaugurarlo— es literario, y en tan buena medida como el de Medina del Campo a Salamanca. El tren de La Armuña tuvo su cronista en don Pedro Antonio de Alarcón y el de la mar salada lo tuvo, claro que con criterios superrealistas en el noventaychista levantino. «Emoción y bifurcación —clama el maestro al llegar a La Encina—: la mitad para Valencia y la otra mitad para Alicante: emoción; haber corrido por la meseta fría y prepararse para el descenso... Descenso hacia la mar que apenas notamos. Y en suave pendiente se posan los pueblos azorinescos: Villena, señoril y mundana; Sax, el peñón agudo con los muros lisos de su castillo; Elda, con sus fábricas... Y arribamos a la estación alicantina. Azorín baja la escalinata de la vieja estación, puede que la misma que nosotros practicamos para apearnos en la siera. Azorín vio la bandera blanca y azul, y nosotros nos la imaginamos. Lo blanco y lo azul, la mar de La Marina. — ERO.

MODUL-CHALET le ofrece AHORA EN CATALUÑA!! Por 14.500 Pts. mes construir en su terreno un chalet para 6 PERSONAS por el precio de un alquiler Sin hipoteca ni avalistas Son de obra tradicional, no prefabricados Nuestros diseños son exclusivos y de gran calidad Hay otros modelos para 8 personas a 16.881 Pts. y muchos modelos más Tel. 322 10 06 - No visitamos a domicilio.

SE COMPRAN MONEDAS BILLETES NUMISMÁTICA CASH Calle Mallorca, 296 (junto Bruch) Tel. 257-71-21, de 11 a 2 y de 6 a 9

PISCINAS CONSTRUCCION EQUIPOS DEPURADORES INSTALACIONES COMPLETAS LLAVES MANO ENTREGA INMEDIATA MAXIMA CALIDAD PIDANOS INFORMACION COMPLETA SIN COMPROMISO piscishap,s.a. Numancia, 101-105 Tels. 259 14 79 - 321 76 00 BARCELONA-29